Por quien á instantes mi cariño crece
Como se alarga y cunde en primavera
La vid dorada sobre verde encino.
Levantémonos: daña á los cantores
La sombra, y es fatal la del enebro;
Daña á la mies la sombra. Habeis pacido,
Cabras mías, tornad á los establos,
Que ya asoma la estrella de la tarde.

POESÍAS ORIGINALES

É IMITACIONES.

Á TIRSI

ENVIÁNDOLE LAS OBRAS DE VIRGILIO

¡Celeste inspiración, emblema santo,
Consoladora noble Poesía,
Mi delicia, mi gloria y dulce encanto,

Ven, tus alas despliega en este día
Y templa el arpa, y dame que á tu abrigo
La taña con acierto y bizarría!

Me llamaré dichoso si consigo
Que ceda mi cantar en tu alabanza,
Y en tu gusto y provecho, Tirsi amigo.

A otro tiempo de eterna remembranza
Intento trasladarte, y á otro suelo
Que apacible columbro en lontananza.

¡Qué tierra tan feraz! ¡qué hermoso cielo!
¡Qué llamear del sol! ¡qué limpia fuente,
Rizada de Favonio al blando vuelo!

Allí el Mincio quebrando su corriente,
En sus giros remeda sinüoso
A una escamosa y colosal serpiente;

Y se revuelve sin tener reposo,
Y más allá humeante se encajona
Despeñándose luego clamoroso.

Descuella como rey de aquella zona
El Mongibelo que de viva lumbre
Lleva en sus sienes lúcida corona;

Y con regia larguez y mansedumbre
Fomenta y nutre á su amorosa falda
De rebaños la inmensa muchedumbre;

Y ceñidos en húmeda guirnalda
Cobija los humildes caseríos
Con su clámide de oro y esmeralda.

Esa planada, Tirsi, y montes fríos
Oyeron resonar la voz divina
Del Cantor de las selvas y los ríos.

Allí, *á la sombra de copuda encina*
Vió pacer el ganado en la llanura
Y las cabras triscar en la colina;

Y desfogó de su alma la ternura,
Y *el nombre de Amarilis peregrino*
Enseñó á resonar á la espesura;

Y en la *cerca del límite vecino*
Oyó el *susurro*, y vió á la *abeja Hiblea*
Chupar la flor del sauce blanquecino.

Allí dijo: *Me tira Galatea*
Con manzanas, y luego se me esconde;
Pero al huir procura que la vea.

Virgilio encantador, allí fué donde
Exhalabas ternísimos lamentos
Porque Alexi tu amor no corresponde;

Y al arrullo cantabas de los vientos
El plañidor balido de la oveja,
De las aves y fuentes los concentos.

Allí *Apolo tiróle de la oreja*
Cuando emprendió tañer épica trompa
Y su ganado y la zampoña deja;

Y describió la majestad y pompa
Con que el ciprés se eleva soberano
Porque las auras y aun las nubes rompa;

Y el fruto purpurino del manzano
En las *primeras ramas* siendo niño
Allí cogía con endeble mano;

Y en las cortezas, sin mayor aliño,
Grabó el nombre adorado de su amada
Eternizando en ellas su cariño.

A Parténope, oh Tirsi, tu mirada
Dirige, y á los plácidos verjeles
De esa tierra bendita y fortunada.

El tomillo de Mantua y sus laureles
Ofrecen á tu gusto delicado
Copiosas, ricas, y fragantes mieles.

¡Ah, si á mi anhelo concediera el hado,
Ya que te miro en flor, mañana el fruto
Verte rendir sin maca y sazonado!

Pero.... ¡ay! que á veces mi castaño hirsuto
Florece, y por nutrirse de otra savia
Me da vanos erizos por tributo;

La hiedra inútil á mi cidro agravia,
Y aun le malea, si ávida le liga,
Por no arrancarla á tiempo mano sabia.

Y aunque espumosa, el paladar hostiga
La leche de mis cabras, si en el soto
Una hierba comieron enemiga.

Expuesto á errar en piélago remoto
Lejos, Tirsi, muy lejos del Parnaso
Te miro, si no cambias de piloto.

Se te brindan León y Garcilaso,
González, Lope, y el divino Herrera
Que en el Pindo subió con firme paso.

Buscar en la falange vocinglera,
Escarnio de las Musas, elegancia,
Y solidez y número.... ¡quimera!

Parece que las letras (¡inconstancia
De la suerte!), en el siglo de las luces,
A la tiniebla tornan de su infancia.

Y la pléyade insigne de Andaluces,
Que nombre dieron á la lengua y brillo,
Se retiran calados los capuces.

Mientras el uno, fútil estribillo
Tarareando, busca de Aretusa
La fuente con las manos al bolsillo.

Mientras el otro quéjase á su *musa*
Del *ceño de Clorila*, y gloria y fama
Logra adquirir de multitud ilusa.

Mientras Geroncio va de rama á rama
Por un flanco del Pindo nemoroso
En el templo por ver si se encarama.

Y tú, que de renombre codicioso
Te muestras cual ninguno, y sacrificas
Al estudio tu hacienda y el reposo,

Tú, que á la toga humildes las pellicas
Prefieres del zagal, y á férrea espada
De verde enea las brillantes picas,

Tú, que en la luna y bóveda estrellada,
Sus tocas al plegar la noche bella,
Embebecido fijas tu mirada,

Y escuchas arrobado la querella
De montesina tórtola, y del río
Sigues absorto la fecunda huella,

¿Puedes leer sin verdadero hastío,
Las que el *vulgus profanum* te regala
Necias coplas, sin fondo ni atavío?....

.....Perdona, Tirsi; el corazón se exhala
En inútiles quejas, y mi pluma
En pendiente tan rápida, resbala.

He querido tan sólo aquesa bruma
Que te ciega rasgar, y de tu copa
Hacer volar la engañadora espuma.

De poetastros viles la vil tropa
Ahuyenta, y te veremos caminando,
De laureles ceñido, viento en popa.

Tu claro ingenio, tu carácter blando,
Te llevarán en no remoto día
Del Helicón al templo venerando.

¡Plegue al cielo que gustes la ambrosía
Que en sus páginas breves atesora
El libro de oro que mi amor te envía!

Cuando las nubes y picachos dora
Naciente el claro sol, y el aura leda
Las fuentes acaricia triscadora,

Toma el rabel; y entrando en la vereda
Más solitaria, deja que Virgilio
El arco temple en medio á la arboleda
Bajo el ramaje de aromoso tilio.

AL EMPRENDER UN VIAJE Á ZAMORA

EL ILLMO. SR. DR.

D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MÉXICO.

ODA.

La frente yerga Enero
Que con su hálito empaña el aura pura;
Y torne prisionero
Al yerto polo austero
Recogiendo su blanca vestidura.

A su antro obscurecido
Tienda rugiendo las funestas alas
El Aquilón temido;
Y con blando rüido
La vid despliegue sus primeras galas.

Desate su corriente
Parlera, retozona, cristalina,
La fresca dulce fuente,
Ostentando en su frente
La diadema de helechos peregrina.

El nacarado cielo
Alumbre el sol, y en su triunfal carrera
Con redoblado anhelo
Del enemigo hielo
Las huellas borre en la húmeda pradera.

Las flores sus aromas
A tu paso derramen, su tesoro
De fragancia las pomas
Del naranjo, y sus gomas
El abeto magnífico y sonoro.

Espléndido el encino
Y el álamo que al éter se levanta,
Con musgo blanquecino
Alfombren tu camino
Por defender tu vacilante planta.

Del bosque en las orillas,
La noble Aurora al descoger su manto,
Asomen en cuadrillas
Las gayas avecillas
Por recrearte con su dulce canto.

Sea tu amparo y guía
El de la patria tutelar querube;
Y encima de tu vía
Despliegue al mediodía
Por librarte del sol, amiga nube.

Y si la noche fiera
Con su hueste de sombras importuna
Levántase altanera,
Su nívea cabellera
Desate melancólica la luna.

¡Ah! logre de Zamora
La amenidad, su clima bendecido
Y el aura bienhechora
Con voz arrulladora,
Avigorar tu corazón herido.

Y allí donde la suerte
El eslabón primero de tu vida
Trabó con mano fuerte,
El cielo devolverte
Quiera piadoso la salud perdida.

¡Que abrevie tu clemencia,
Padre, Pastor, Pontífice sagrado,
Tan dura amarga ausencia,
Y tornes, la dolencia
A curar de tu huérfano ganado!

Y en años perdurables
Vive, Pastor; que tu alma se contente
En goces inefables,
Y los lauros amables
Del saber y virtud ciñan tu frente.

AL ENTRAR EN ZAMORA

EL ILLMO. SR. DR.

D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MÉXICO

ODA.

Amables avecillas,
Que os colorais del sol al reverbero
En las flavas orillas
Del undoso Düero
Que á Zamora corteja vocinglero,

Dejad el blando nido:
Los valles trasponed y las montañas,
Y decidme al oído:
¿Quedan al río cañas
Y nenúfares, trébol y espadañas?

Ya descogió sus frondas
El délfico laurel; ya de su seno
Las arenillas blondas
El arroyuelo ameno
Al camino arrojó de gozo lleno.

Y las variadas flores
Entreabriendo su cáliz, al ambiente
Vertieron sus olores;
Y humillaron la frente
Al columbrar al Zamorano ausente.

Sus blancos azahares
Le brinda el limonero, las abejas
Aéreos dulces lares,
É imbeles las ovejas
Nectárea leche y cándidas vedejas.

El fruto sazonado
Deja caer el níspero, decoro
Del aromoso prado;
Y el céfiro sonoro
Al cidro sacudió sus pomas de oro.

Dejan las castas Ninfas
Sus grutas de coral y nácar bello;
Y del Celio en las linfas
Asoman albo el cuello,
Y ungen trenzando el húmido cabello.

Y narcisos y violas
Cortando, y girasoles amarillos
Y frescas amapolas,
Las juntan en cestillos
Con azucenas, rosas, y tomillos:

Y avanzan al encuentro
Del ínclito Pastor, del gran Prelado
De su cariño centro,
A quien risueño el hado
En la niñez arranca de su lado:

Y hoy torna de lejana
Ferace tierra á su región nativa,
Ya que en sidonia grana,
Su rubia frente, altiva
La ciencia coronó y en verde oliva.

Felices campesinos,
Los que morais bajo la copa grata
De los viejos sabinos,
Que en sus ondas retrata
El lago azul, vestidos de escarlata;

Vosotros, los que en blando
Sabroso clima y bajo limpio cielo
Le recibís hollando
El verde terciopelo
Que alfombra muelle vuestro fértil suelo,

Mil himnos de ventura
Hoy entonad, llevando vuestras frentes
A la azulada altura;
Y luego de lucientes
Juncos y helechos despoblad las fuentes.

De cedro frescas ramas
Y tierno mirto desparcid y aromas;
Bajad de las retamas
Nidillos de palomas
Y ofrecedlos, quemando ricas gomas.

Él con ungida mano
Bendecirá rebaños y labores;
Y el cielo soberano
Espléndido en favores
Con áureas mieses pagará esas flores.